

PALABRAS DE FERNANDO SOTO APARICIO EN LA REINAUGURACIÓN DEL PARANINFO DE LA CORPORACIÓN UNIVERSITARIA DEL META

Villavicencio, agosto 3 de 2007

Queridos amigos:

Permítanme que rompa la tradición de comenzar los discursos mencionando los nombres y los cargos de algunas personas. Porque todos quienes ahora me acompañan merecen el nombre de amigos, palabra que representó compañerismo, entrega, cercanía, fraternidad; y porque todos ocupan un cargo importantísimo en mi memoria y en mi alma, que son los lugares donde se otorgan las distinciones llamadas a permanecer y se ubican las personas que las ostentan. Entonces, amigos por afinidad intelectual, y cada uno con el cargo de ser mi oyente, es decir, mi hermano espiritual. Así que: queridos amigos.

Con estos términos inicié mi discurso de posesión en la Academia Colombiana de la Lengua, y creo que esta es una buena ocasión para repetirlos. Y para decirles a todos que me siento muy feliz por la reinauguración de este lugar, destinado a ser el trono de una reina por excelencia: la Palabra.

Porque aquí se hablará, se escuchará, se va a especular, a analizar, a disentir, a conversar, a leer y a escribir. Todas esas funciones tienen su soporte en la Palabra, que es el distintivo por excelencia de los seres humanos. La Palabra es la que nos posibilita la comprensión para que otros nos entiendan, y para que nosotros podamos comprenderlos. Sin la Palabra seríamos condenados a la cadena perpetua del silencio, de la irreflexión, de no podemos preguntar respecto a nuestra procedencia y a nuestro destino, y de no podermos responder desde la incertidumbre cotidiana que es nuestro único patrimonio. Gracias a la Palabra, somos, y sabemos que los demás también son. Y ese decir, ese oír, ese construir ideas para exponérselas a quienes son nuestros compañeros en la deslumbrante aventura de existir, y ese escucharlos disertando sobre sus propias maneras de construir la vida, es la razón del pensamiento, el cimiento sobre el que se edifica la permanencia de los pueblos, y el norte inevitable a donde apunta la educación.

Y este Paraninfo va a ser el centro de la reflexión, abierto a los cambios, sin límites para el conocimiento, presto a las especulaciones de la democracia, propicio a la apertura de la imaginación que es el soporte de la creatividad gracias al cual los creadores podemos tener al menos la ilusión de que nos estamos salvando de la muerte, definitiva del olvido.

Va a ser, sin la menor duda, el corazón de la Corporación Universitaria del Meta; el lugar donde nacen las iniciativas encaminadas a que estudiantes y estudiosos se den cuenta de que la lectura es la llave que abre todas las puertas, lo que nos permite Viajar sin movemos y recorrer todas las páginas de la historia y todos los ángulos de la geografía, enterarnos de

los pecados y las virtudes que han acompañado el paso de los que nos precedieron en el tiempo, de los que avanzan con nosotros y de los que vendrán cuando la antorcha que nos sostiene haya sido apagada por el beso inevitable de la muerte. Porque leer hace a las personas más tolerantes, propicias al diálogo que apareja la convivencia y que nos lleva a ser fraternales y a ver el mundo como un territorio que podemos compartir, y en el que debemos unirnos no a causa de nuestros parecidos sino en razón de nuestras diferencias.

En los largos y diáfanos años que uno tras otro han ido construyendo mi vida, he sido testigo del inmenso poder de la Palabra. Y sé que en el campo de la educación, que es la que nos capacita para ser ciudadanos universales, gracias a la Palabra trazaremos la huella que no deje olvidar nuestro paso a través de la tierra.

Y esta es una ocasión propicia para que nos formulemos una pregunta: ¿Qué es una universidad?, y para que intentemos darle una respuesta, y las palabras que se vienen a la mente para definirla son muchas: camino, horizonte, futuro, fraternidad, colmena; y también claridad, forja, brújula, y sin duda imaginación, creatividad, esfuerzo, perseverancia, amistad, comprensión, amor, entendimiento, seguridad, paz. Y tal vez muchas otras, pero basta con las que se han enumerado, y que podemos ir explicando poco a poco.

Una universidad es no solo un camino abierto y limpio, sino una suma de caminos que, al unirse, hacen el porvenir. La vida es un continuo aprendizaje; mientras más se conoce, más crece el hambre de conocimientos. Y cada problema que se aclara, cada enigma que se explica, cada dificultad que se supera, cada misterio que se comprende, es un camino que sigue caminando sin detenerse: como el hombre, como la vida.

Es también un horizonte, en el sentido en que siempre avanza, no se limita, no se congela, no se anquilosa. La verdadera universidad es la que se mueve, la que no se cierra, la que permanece abierta a todos los vendavales de la renovación y del cambio. Y es futuro, desde luego, porque se proyecta, y porque ayuda a quienes acuden a ella a entender su pasado, a comprender su presente y a construir el mañana. Y es fraternidad porque tiene como cimientos la comprensión, la tolerancia y la convivencia, que son los elementos integrantes de la hermandad. Y es una colmena, donde se ensayan los vuelos de la creatividad y de la imaginación, y se preparan las alas para estrenar un nuevo cielo desde una nueva tierra, y se aprende a buscar el sentido de la claridad que es el que edifica todas las madrugadas del mundo.

En la universidad se forjan las nuevas generaciones que van a manejar los hilos del poder; y es, asimismo, una brújula que no puede equivocarse el norte, y ese punto cardinal, que está situado entre la mente y el sentimiento, entre el corazón y la cabeza, es el que se busca para que se justifiquen el avance y el desarrollo.

Para que la universidad cumpla su cometido, debe ser sostenida por el esfuerzo y la voluntad; tanto de quienes la dirigen, como de sus destinatarios por excelencia, que son los alumnos; y es preciso que los aportes de un lado y de otro lado tengan el sello de la perseverancia y de la persistencia, para no desmayar en el ensayo sostenido de hacer un

mundo menos difícil, tanto para nosotros mismos como para quienes nos han de reemplazar en la conducción de los destinos del hombre.

No puede acometerse ninguna empresa si no se sostiene sobre un sentido de servicio comunitario, dentro del cual ocupan un papel muy importante la amistad, el entendimiento y la confianza. Todo lo que se haga para establecer sobre nuestro planeta un sentimiento de respeto, de amor, de solidaridad y de paz, es un trabajo meritorio. Respeto hacia cada uno de nuestros prójimos cuando ejercen su libertad para permitirnos ejercer la nuestra; amor, porque es la carta de salvación que siempre nos rescata de las situaciones más difíciles; solidaridad para que respondamos todos con la misma voz cuando nos llamen a preservar la vida que es un milagro cotidiano que no podemos desconocer ni atropellar; y paz que es lo que el mundo necesita para trabajar, pensar, sonar, vivir. Y todo eso, sin duda, es la Universidad: una suma de las riquezas, las bondades, las dudas y las expectativas que nos acompañan, para conseguir una multiplicación de todo lo positivo que los seres humanos tenemos en el alma.

Por último, quiero dejar constancia de mi amor por el Llano. Desde los poemas con que empecé a dar mis primeros pasos en el camino maravilloso y mágico de la literatura, estuvieron presentes sus amaneceres, la manera como los grandes árboles unen sus manos verdes para levantar la hostia de fuego del sol en esa elevación de cada madrugada que bendice los senderos que se meten en la selva, que inaugura el alboroto de los pericos y de las guacamayas, el aleteo de los alcaravanes, la policromía de las corocoras, el relincho de los caballos y el mugir de los toros perdidos en el centro de la inmensidad. Después el Llano siguió apareciendo como telón de fondo en algunas de mis novelas, y ha seguido siendo la tierra de promisión donde continuaron aposentándose mis sueños. El Llano es bravura, horizonte sin término, es el sonido inolvidable del cuatro y la música que engendra la lluvia detenida del arpa y que sacude las cosquillas redondas de los capachos. En el Llano nadie se siente forastero porque es una extensión sin fronteras abierta para todos, y en su paisaje el valor es un código tácito pero inviolable, que solo podemos comparar con la amistad y la franqueza; y las únicas que se inclinan son las palmeras cuando el viento las dobla en las matas de monte, porque todo lo demás es firme y limpio, hecho de una sola pieza, dispuesto a dar las batallas que se necesiten para que la libertad no se apague jamás. El Llano es la patria universal de los caminos que sólo obedecen al capricho de las tolvaneras y de las distancias. El Llano es el corazón inmenso y mestizo de nuestra América, y palpita con diástoles de solidaridad y de esperanza.